

Adiós a los discos

por Vladimiro Rivas Iturralde

A Luis Pérez, naturalmente

“Para los melómanos, ningún objeto habrá sido tan atesorado y querible como el disco, que empezó siendo rompible, con su velocidad de rotación de 78 revoluciones por minuto”

“El disco sembró el mundo de coleccionistas y el resultado fue un conocimiento —superficial, hay que decirlo— de la música, pero conocimiento al fin”

Para quienes estábamos distraídos, el fenómeno fue ocurriendo de manera impredecible y lenta. Se fue dando poco a poco, en un proceso de cambio de estafetas tecnológicas que venían a ilustrar la afirmación de Daniel Bell, en *Las contradicciones culturales del capitalismo*, de que vivimos en un estado de obsolescencia planificada, según la cual nada está hecho para durar. Todo invento, todo artefacto, está destinado a ser pronto sustituido por otro que no necesariamente es más útil al hombre, sino que tiene la función de conservar vivo el proceso capitalista de reemplazo y sucesión de bienes para vender más y desarrollar el consumo. Así, el mundo se ha convertido, más que en productor de artículos de bienes de consumo, en productor de desechos.

El disco formó parte de este proceso de creación y destrucción capitalista. Muchos aprendimos en los discos a escuchar y amar la música clásica. Para los melómanos, ningún objeto habrá sido tan atesorado y querible como el disco, que empezó siendo rompible, con su velocidad de rotación de 78 revoluciones por minuto (rpm). Mis primeras audiciones provienen de este tipo de artefactos. Mi hermano Ramiro los tomaba en préstamo del Centro Ecuatoriano-Norteamericano, donde estudiaba inglés. Recuerdo, por ejemplo, las grabaciones de la Sinfonía *Inconclusa* de Schubert con la Orquesta Sinfónica de Boston, dirigida por Serguéi Kusevitski (me parece escuchar todavía el discreto deslizamiento de la aguja sobre el disco), o el Preludio y la Muerte de Amor de *Tristán e Isolda* de Wagner con Toscanini, con la que conocí y amé para siempre esta música.

El paso al disco de vinilo, de 33 rpm, supuso un avance, porque ya el disco era irrompible y una mayor cantidad de música cabía en él. Uno podía escuchar veinte o treinta minutos seguidos sin tener que pasar a otro disco de 78 a los ocho minutos. En Quito, la tienda de la Philips, sobre la Avenida Patria, frente al Parque del Ejido, hizo las delicias de nuestro afán consumista de música. Allí se vendían discos de todas las marcas, norteamericanas y europeas: Philips, Deutsche Grammophon, RCA, Emi, Decca-London, Westminster, Harmonia Mundi, Hungaroton, etcétera. Estos discos empezaron a presentarse con cubiertas más bien rústicas, pero poco a poco su presentación fue ganando en calidad informativa y estética, hasta convertirse casi en objetos artísticos.

Los álbumes, sobre todo los compuestos de tres o más discos, llegaron a ofrecer al consumidor de música unas cajas apetecibles por la belleza de las cubiertas —con frecuencia, reproducciones de obras de arte, escogidas *ad hoc* para la música que se pretendía vender— y por la gran calidad informativa de los *booklets*, que llegaron a constituirse en verdaderas lecciones de historia de la música y, a veces, de música misma.

Mi memoria quiere rendir los honores debidos, por ejemplo, a dos ediciones de Philips de la *Pasión según San Mateo* de Bach, una con Mengelberg, otra con Jochum. Ambas traían en sus portadas hermosos grabados de Rembrandt sobre la crucifixión de Cristo. Y el folleto de esta última versión era una clase acerca de las Pasiones de Bach y de cómo interpretarlas. Imposible olvidar los tres gruesos volúmenes de los Madrigales de Monteverdi, también de Philips, con Raymond Leppard en la dirección. Bellísimas portadas con cuadros de Tiziano y Giorgione y unos *booklets* pedagógicos, además de contener todos los madrigales en italiano con sus respectivas traducciones al inglés, francés y alemán.

Der Rosenkavalier con Georg Solti y la Filarmónica de Viena (marca London) poseía, creo, la más bella presentación que yo recuerde de una ópera. Una rosa de plata en bajorrelieve en la cubierta y un *booklet* extraordinario por su alianza de calidad informativa y equilibrio entre el abundante material gráfico y el textual. Había ensayos, fotos, ilustraciones de las escenografías y el vestuario en los tres actos, y los segmentos de partituras que mostraban los diversos temas de la ópera. Una verdadera maravilla.

Los discos sencillos también eran muy atractivos y más de una vez escuché a melómanos decir que con frecuencia compraban los discos de la Deutsche Grammophon por lo vistoso de sus presentaciones. Y, sí, quiero citar, por ejemplo, los discos de música de cámara de Brahms, que tenían, en los lienzos otoñales de Corot de sus portadas, sus adecuados comentarios pictóricos. Yo cuidaba mi gran colección con limpieza permanente y el uso de tornamesas y agujas de calidad superior.

El disco sembró el mundo de coleccionistas y el resultado fue un conocimiento —superficial, hay que decirlo— de la música, pero conocimiento al fin. Muchos se dieron a la tarea de escuchar estos discos con inteligencia y atención. De este modo, los discos se convirtieron en la semilla de un conocimiento más profundo de la música. Cada oyente podía decidir hasta dónde profundizaría en este conocimiento. En el principio estaba el mero disfrute, el placer incomparable de escuchar la música entregándose a ella con todos los sentidos. Ello no nos impediría frecuentar los conciertos en vivo y aun estudiar los rudimentos de la música, ya participando en coros, ya con la práctica de algún instrumento. Se formaron en todo el mundo hermandades de iniciados en la música grabada.

Círculos de amigos (Bruno Sáenz, Ramiro Dávila, Manuel Stacey —quien se convertiría en violonchelista de la Ópera del Liceu de Barcelona— mi hermano Ramiro y yo) nos reuníamos para escuchar y comparar versiones

distintas de las mismas obras. Opinábamos sobre obras y sus intérpretes como si fuéramos especialistas. Y quizá la experiencia auditiva nos volvió especialistas. Que la versión de Giulini del *Don Carlo* es superior a la de Solti y a todas las demás, que no hay mejor 4^o de Brahms que la de Klemperer, que la calidad de las grabaciones de Karajan hacían sobrelvarlo, que Toscanini no era rápido sino preciso, que no había mejor pianista para Chopin que Rubinstein, que Leontyne Price era la mejor Aida del disco, que Irmgard Seefried era una mozartiana tan notable como Schwarzkopf, que el gran Furtwängler había sido perjudicado por la calidad de sus grabaciones, que Barbirolli era tal vez el mejor intérprete de Mahler, que la grandeza de un cantante dependía de a qué compositor servía, etcétera.

Buscábamos (y encontrábamos) encantadoras rarezas como música árabe-andaluza o las misas de Josquin des Prés o los motetes de Schütz o *La bohème* de Leoncavallo. No era poca cosa: a través del ejercicio del gusto aprendíamos a conocernos a nosotros mismos, porque quien hace una elección acaba por autorretratarse. La hegemonía del disco de vinilo duró más de tres décadas y durante esos años pareció que de allí ya no nos íbamos a mover. El sostén de la música grabada tenía que ser el elepé. Y éramos felices.

Ya en México, continué participando en esas hermandades de iniciados en la música clásica grabada. Pero después de años de disfrute, las mismas tiendas de música empezaron a propagar la alarma, a ofrecer una variedad cada vez más limitada de discos de vinilo y a anunciar que, más temprano que tarde, estos discos irían a desaparecer. La era digital se avecinaba. Los elepés iban a ser sustituidos por discos compactos, que se venderían en estuches de plástico de doce centímetros y medio de alto por catorce de largo y apenas unos milímetros de espesor. Estas grabaciones ya no serían analógicas sino digitales, y los viejos discos serían transferidos al nuevo formato.

Es verdad que los elepés ocupaban mucho espacio en las estanterías y eran muy pesados, pero eran mayores el beneficio y el placer que concedían, que la eventual incomodidad de soportarlos. Los folletos redujeron su tamaño y también el contenido. Si antes podíamos encontrar en ellos *análisis* de obras, compositores y escuelas, ahora todo se había reducido al tamaño de una *síntesis*, de una cápsula. Recordé entonces las justificadas alarmas de Ray Bradbury en *Fahrenheit 451*: con el desarrollo tecnológico, las cosas empezarían a adquirir *masa*, y los medios difusores de cultura como el libro [y el disco, añado] descenderían hasta adquirir una vulgar uniformidad. Adiós a esos voluminosos, pesados, pero bellos objetos llamados elepés. Habían sido parte importante de nuestra juventud, de nuestra educación, de nuestras vidas.

Una de las ventajas del CD radicaba en la facilidad con la que podía ser manipulado. Podía ser escuchado en pequeños reproductores de música, en el automóvil, en casi cualquier parte. Alguna vez la distinguida maestra austríaco-mexicana Erika Kubacsek dijo que sólo podía escuchar música en vivo y que hacerlo con música grabada, sobre todo en el automóvil, como ya es costumbre, es una tontería. La música debe escucharse en vivo y con los ojos cerrados, sostenía. Claro, pensé en el acto, escucha la música con los ojos cerrados mientras conduces y, con un poco de suerte, escucharás música celestial.

La era digital —a la que casi todo el planeta daba la bienvenida— cubrió de sombras al mundo del disco en que millones habíamos crecido. Visitar la tienda de discos en busca de novedades había sido para los melómanos y coleccionistas una peregrinación y una fiesta. Visitar la elegante y nutrida Sala Margolín en la Colonia Roma de la Ciudad de México y recibir la siempre oportuna orientación de Luis Pérez era un ritual casi cotidiano que nos colmaba de alegrías. Margolín, como otras —Tower Records, y muchas más, pequeñas pero acogedoras— tuvieron que cerrar sus puertas. Se nos fue con ello una parte placentera de nuestra vida.

Con el ordenador a la mano, ya era posible descargar del doméstico internet la música que quisiéramos. La piratería se convirtió en una norma y un atentado a la vida del disco en CD. Y en ese atentado pereció. Las casas editoras de discos tuvieron que cambiar de línea y reducir al mínimo su producción. De cada nueva visita a las tiendas vendedoras de discos obteníamos una gran decepción: los estantes estaban cada vez más vacíos.

Los inventos de Steve Jobs y Cía. mataron al disco. Ciertamente, ahora podemos escuchar en YouTube, Spotify o en otros lugares de internet la música que se nos antoje. Las profecías de Bradbury se estaban cumpliendo a cabalidad. En YouTube, por ejemplo, podemos escuchar la música buscada por nuestra curiosidad, pero no se nos ofrece ninguna información acerca del compositor, de la obra o los intérpretes que hemos elegido. Por otra parte, con frecuencia, de las obras largas que pretendemos escuchar o ver (una ópera, por ejemplo), sólo se nos ofrecen fragmentos, o aparecen brutalmente despedazadas, y unir los retazos dispersos de la obra es una tarea superior a nuestra paciencia. ¿A qué obedece esta fragmentación? Nunca he logrado entender. Finalmente, la calidad del sonido por internet es grosera en comparación con la que podemos obtener en una tornamesa de buena calidad. Sólo agregando parlantes de alta definición podemos aproximarnos al sonido deseable.

Cuando acudíamos a la Sala Margolín, las recomendaciones de Luis Pérez eran personales: había un diálogo, un intercambio de experiencias y una sabrosa conversación ulterior, pero, con las innovaciones tecnológicas, llegaron las recomendaciones impersonales, automáticas, basadas en algoritmos, lo cual pulverizó ese intercambio personal, convirtiendo a estas hermandades de coleccionistas en una rareza aún mayor.

“Somos —le dije una vez a Luis Pérez— individuos de una especie en extinción”, de esa que se había esmerado en formar una colección de discos escogidos hasta el límite de la exquisitez y aprender de ellos. Aunque las redes sociales hayan abierto nuevas posibilidades para establecer nuevos vínculos y formar nuevas hermandades en torno a la música que perdimos, queda patente el hecho de que esas posibilidades no son ni la sombra del disco, que a tantos nos unió.

Todo el mundo se ha acogido a la muy discutible soledad del internet, donde también rige la ley de la selva: sálvese quien pueda. Tardamos en comprender, por otro lado, que nuestra afición hedonista por el disco nos había hecho caer imperceptiblemente dentro de una red implacable, una maquinaria que nos había atrapado, engullido y luego escupido. Nos quedó como consuelo la constancia de que la música estaba viva, pero en otra parte. ●

“Visitar la tienda de discos en busca de novedades había sido para los melómanos y coleccionistas una peregrinación y una fiesta”

“Aunque las redes sociales hayan abierto nuevas posibilidades para establecer nuevos vínculos y formar nuevas hermandades en torno a la música que perdimos, queda patente el hecho de que esas posibilidades no son ni la sombra del disco, que a tantos nos unió”